



ANATOMÍA DE LA MELANCOLÍA

Un descenso
a los infiernos de
la melancolía

Página 3



CONTRATAPA

Franz Kafka,
pionero de la
guía Michelin

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 39 | JUEVES 30 DE AGOSTO DE 2012



La verdadera cara del
horror

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



LA DIETA DE LAS MALAS NOTICIAS, LA NUEVA NOVELA DE RAQUEL ROBLES

Una infancia para el olvido y un presente perfectamente desestructurado capitanean la vida de Paula, la protagonista de *La dieta de las malas noticias*, una novela de Raquel Robles al estilo comedia negra, que con exquisito humor hace del dolor una carcajada que vacila entre la risa y el llanto. Una joven mujer autosuficiente en su trabajo con un pasado marcado a golpes por la

violencia familiar, el silencio de lo que pasó y el consecuente progreso hacia un estado mejor, requieren de una revisión impuesta que atañe no sólo a repensar el ayer sino a replantearse el presente y ¿por qué no?, también el futuro.

MILENA HEINRICH



VICENTE BATTISTA

Horacio Quiroga tenía cuerpo pequeño, cara de pocos amigos y, seguramente, pésimo carácter. En torno a los hechos trágicos que caracterizaron su vida, se han tejido diferentes conjeturas. Es casi un lugar común atribuir su literatura, la elección de sus temas, a esa repetición de suicidios y muertes violentas que comenzaron cuando él aún no había cumplido un año de vida: un disparo imprevisto, durante una partida de caza, mató a su padre. Años después se iba a suicidar su padrastro. El infeliz había quedado inválido sobre una silla de ruedas, con la ayuda del dedo gordo de su pie derecho logró oprimir el gatillo del rifle que lo mataría. Dicen que tuvo la poca prudencia de hacerlo frente a su hijastro Quiroga, quien recién había cumplido los 17 años. A los 24 se iba a enfrentar con otra violencia que lo marcaría sin remedio: mató por error a su mejor amigo. Estaba limpiando un revólver y se le escapó un tiro.

Tantas catástrofes llevaron a pensar que Quiroga no elegía sus temas, que el horror en su literatura era consecuencia de los episodios de horror que le habían tocado vivir. Sin embargo, no es así. O, al menos, no es del todo así. Poe era su autor predilecto, su paradigma, el modelo a imitar. "Poe era en aquella época el único autor que yo leía —confesaba—. Ese maldito loco había llegado a dominarme por completo; no había sobre la mesa otro libro que no fuera de él. Toda mi cabeza estaba llena de Poe". Tal vez, aún antes de ser testigo del espanto, ya había elegido describirlo. Los autores que vendrían luego también serían coherentes con su propuesta literaria: Mallarmé, Maupassant, Kipling, London. La locura, la selva, las fronteras. Y el suicidio.

El primer cuento que publicó en Argentina recibió el admirado aplauso de Leopoldo Lugones, quien ya lo había elegido por *Las arcañas de coral*. En 1903 Lugones le pidió que lo acompañase, como fotógrafo, a una expedición por Misiones. La selva sedujo a Quiroga. En 1906 decidió volver para quedarse. "La vida se redujo a no contar sino con mis pies y mis



HORACIO QUIROGA EN EL RÍO PARANÁ.

La verdadera cara del horror

manos para salir del paso y trabajar a veces más duramente de lo que merece un hombre solo". Tenía poco más de 27 años.

Es conveniente retener esta descripción para compararla con otras palabras que algunos años antes escribiera en su diario. En 1900 viajó a París con el fin de cumplir con la fantasía de todo escritor rioplatense: llegar a la cuna de las artes, a la síntesis de la cultura occidental. Entonces, es mismo Quiroga que años después se atrevería a enfrentar a la selva misionera, no pudo hacerle frente a París. Haberse quedado sin dinero, algo frecuente en jóvenes bohemios de entonces, y de ahora, le hizo apuntar frases como estas:

"¡Qué angustia tan grande! Hay momentos en que casi lloro. Cada día que pasa en lugar de tener más esperanzas, es más oscuro. ¿Con qué viviré, Dios Santo, cuando se me acaben los últimos francos?". El hombre que se iba a arriesgar al descarnado horror de la selva, no se atrevía al apacible horror de la ciudad.

Elegió la selva. Esa elección implicaría un cambio profundo en su escritura. Hasta entonces, ciertamente había jugado con el horror, pero se trataba de un hecho puramente literario, un horror de mentira. Aquel Quiroga modernista, de adjetivación escogida, morosidad aristocrática y predominio de la elegancia sobre

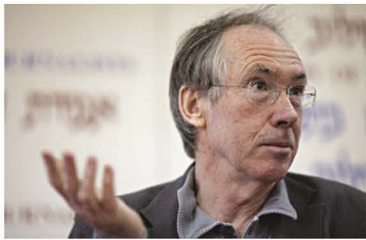
la eficacia, tiró todo por la borda e ingresó en la selva, abandonó el verbalismo fácil y se transformó en un narrador parco, sin ripios, como él mismo exigiría en su famoso decálogo.

En 1917, el suicidio de su primera esposa lo obligó a regresar a Buenos Aires, en compañía de sus dos pequeños hijos. Pero la selva volvió a llamarlo. La necesitaba. El precio era alto, pero ya no podría abandonarla. La selva no admite mentiras, para escribir necesitaba de ese sol impertinente, de esa laboriosa soledad, de esas víboras y de esas arañas que lo esperarían a la vuelta de cualquier recodo, y no precisamente para darle la bienvenida. Sus me-

jores cuentos los concibió en la selva, de ahí surgieron sus libros esenciales. El último de ellos, *Los desterrados*, apareció en 1926 y junto a otros dos títulos también editados ese año —*Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes y *El juguete rabioso*, de Roberto Arlt— se constituyó en uno de los pilares fundamentales de la literatura rioplatense.

En 1936 regresó a Buenos Aires. *Más allá*, su último libro de cuentos, es de esa fecha. Son historias de ciencia ficción, la selva ha dejado de ser el escenario y el horror vuelve a ser pura literatura. Ha dicho todo lo que tenía que decir, consciente de ello, le escribió una carta a su amigo Martínez Estrada: "Hablemos ahora de la muerte, yo fui o me senté creador en mi juventud y madurez al punto de tener exclusivamente la muerte prematura (...) Algunos dolores, ingratitudes, desengaños, acentuaron esa visión. Y hoy no temo a la muerte, amigo, porque ella significará descanso".

Se suicidó un año después, el 19 de febrero de 1937.



IAN MCEWAN REGRESA CON UN THRILLER DE ESPIONAJE

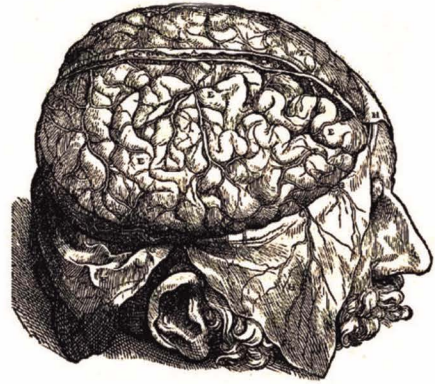
El nuevo libro del escritor inglés Ian McEwan, *Sweet Tooth*, un thriller de espionaje, amor y traición, que salió a la venta en Reino Unido, fue presentado en el Festival Internacional del Libro de Edimburgo. Editada por Knopf Canada, la novela se mueve en la Inglaterra de 1972, cuando La Guerra Fría entra en una etapa moribunda, pero la lucha continúa en el plano cultural, señaló el sitio

digital del diario español *El Mundo*. La protagonista del libro, Serena Frome, es reclutada por el MI5 después de una breve aventura con un hombre mayor al terminar sus estudios de matemáticas en Cambridge. Luego, se ve envuelta en una trama propagandística que financia las creaciones de artistas que retratan a Occidente favorablemente.

JUEVES 30 DE AGOSTO DE 2012 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

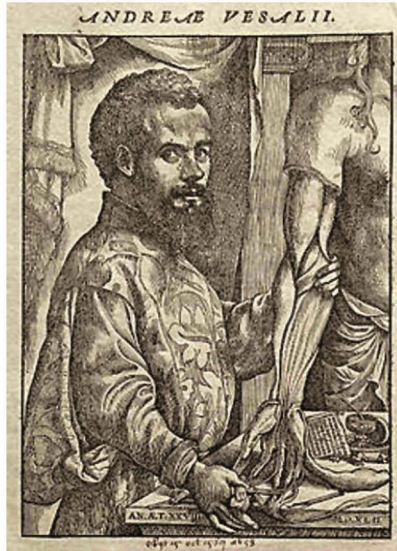
Un descenso a los infiernos de la melancolía

SECUNDA SEPTIMI LIBRI FIGURA



SECUNDAE FIGURAE, HUIUSDEMQUE CHARACTERUM INDEX.

PRÆSENS figura scilicet forte primam subsequens, scilicet durae membranae finem (quem prima figura C aliquot insignitum gerit) longa sectione secundum capitis longitudinem ducta ad apertum commonstrat. Insuper ad huius tertij finis latera, per capitis quoque longitudinem duas deduxit sectiones, utrinque nimirum ad suum singulas, que duram membranam duntaxat penetrarunt, et durae membranae latera ab ea membrana separavit parte, que dexteram cerebri partem à sinistra dirimit, atque in subsequenti figura tribus D insignitur. Præter tres iam commemoratas sectiones utrinque alia quoque molitus sum, que ab aure ad verticem pertingunt, folant



ANDRÉS VESALIO. RETRATO DEL ANATOMISTA E ILUSTRACIÓN DEL CEREBRO HUMANO, DEL LIBRO DE HUMANI CORPORIS FABRICA LIBRI SEPTEM (1542).



JUAN RAPACIOLI

En *Anatomía de la melancolía*, el escritor Carlos Daniel Aletto se pone en la voz de Andrés Vesalio (1514-1564), el anatomista belga que cuestionó las doctrinas de Galeno y fue condenado a la hoguera, para narrar su peregrinación a través de imaginarios de época retratados por El Bosco en busca de una sustancia infernal.

“Me interesaba canalizar algunos misterios de esa época —señala Aletto en diálogo con *Télam*—. Todo empieza con un boceto del ‘Hombre Árbol’ que se encuentra en el museo Albertina de Viena, de 1505 y considerado de El Bosco. Pero la obra está firmada por Brueghel, quien nació 15 años después”. Y dispara: “a partir de ese misterio nace esta historia sobre el primer anatomista que se animó a trabajar con cadáveres humanos. Además, en ese contexto se inserta el mundo pictórico de El Bosco y de Brueghel”.

“Es una novela bien alejada de lo que busca el mercado editorial —sostiene el autor—. Tiene más facetas de gustos personales y de cuestiones intelectuales que de intereses de nuestro tiempo”.

¿Cuánto tiempo te llevó escribirla? Me llevó 20 años. En 1990 me topé por primera vez con esta pintura de El Bosco y viajé a Europa a conocer los sitios por donde deambulaban los personajes y los museos donde se encuentran las pinturas flamencas. El misterio de Vesalio, condenado por haber realizado una disección en vivo y perdonado por Felipe II, es el que trata de dilucidar la novela: ¿Por qué se lo perdona? Aunque el tema central es la melancolía en el poder. El caso de Felipe II, uno de los hombres más poderosos del mundo, que termina llevando a su habitación una pintura de El Bos-

co. La novela trata de explicar un poco eso.

¿Se relaciona con la obra de Robert Burton publicada en 1621?

A *Anatomía de la melancolía* de Burton la descubrí a través de una cita de (Émile) Cioran que dice algo así como que era un hermoso título para una obra espantosa. En verdad, es un tratado médico muy complejo, que a mí me resulta muy atractivo. Me interesa poder capturar esas imágenes que usaban en los libros científicos, en las crónicas, en los viajes y en obras del Renacimiento que no eran literarias pero donde la literatura florece todo el tiempo. Un poco el tema de Pierre Menard de Borges: al cambiar el contexto, cambian los significados.

¿Cómo abordaste ese tipo de prosa? Quería escribir un tratado de esa época con la lengua original, aunque actualizada en cierta forma, sacándole algunos arcaísmos e hipérbatos muy extensos y, a la vez, describir las pinturas flamencas que van apareciendo durante el relato encadenadas. Esta novela se diferencia de mis cuentos, que son urbanos, barriales, acá traté de ubicar otro lenguaje en otros personajes, en otra época. La cocina de la literatura en cierta medida es como la preparación del actor. Sabemos que hay dos tipos de actores: el que hace de él mismo y el que reinterpreta a otro. A esta novela le corresponde la segunda categoría. Busco meterme en el mundo del personaje, en el Medievo, en los secretos y heterodoxias de ese tiempo.

¿Qué material investigaste? Fue un estudio de la gramática y la sintaxis del Siglo de Oro español. Estuve leyendo muchísimo *Viaje de Turquía* (1557), a Cristó-

bal de Villalón o, sin ir más lejos, *Don Quijote de La Mancha*. Todo Cervantes, Quevedo, Góngora y otros autores españoles. También, revisando manuales de sintaxis de ese siglo.

Y a eso le sumaste las visiones de Túngano, relatadas por un monje irlandés en 1140.

Claro, esas visiones intercaladas, que están actualizadas en su forma y lenguaje, fueron publicadas en español, por última vez, en 1526. En la novela son desencadenantes de la historia. Ese descenso que sufre este hombre Túngano, en 15 visiones, termina enlazándose en la condena que cae sobre Vesalio.

¿Cómo te interesaste por Vesalio? Buscando a un narrador, en un

texto a este personaje que había sufrido las penurias de la persecución, que había logrado ser médico imperial, sumamente reconocido, y que había generado un odio terrible entre la gente de la corte. Los médicos españoles lo detestaban.

Y lo más extraño es que Felipe II lo salva de morir en la hoguera y muere en el naufragio. Aunque el final de su vida es un misterio porque no sabemos si es un prófugo que se queda en la isla o si realmente murió durante la tormenta en el mar.

Por último indica Aletto: “Como autor quiero construir siempre un personaje distinto que sea un desafío. No quedarme en la voz contemporánea. Es una idea que me da vueltas todo el tiempo”. Y explica: “Así como existen actores, como Bruce Willis, que siempre actúan igual, hay escritores que hacen lo mismo siempre. Pero después hay otros que no puedes creer que puedan cambiar tanto, que sean tan versátiles. Eso es lo que aspiro con mi escritura”.



ADIÓS A LEÓN BENARÓS, EL POETA QUE DESLUMBRÓ A PABLO NERUDA

El poeta, crítico de arte, historiador y abogado, que falleció a los 97 años, es portador de una profusa obra literaria que abarca más de veinte libros y numerosas canciones que compuso junto a Adolfo Ábalos, Eduardo Falú, Jorge Cafune y Mariano Mores. Nació en Vila Mercedes,

San Luis, en 1915, Benarós—enrolado en la línea de los neorrománticos—integró la generación del 40 y colaboró con numerosas revistas y diarios del país y del exterior, como las locales *Verde Memoria*, *Nosotros*, y *Cuadernos Americanos de México* y *La Estafeta Literaria* de España. Su primer libro

El rostro inmarcesible, de 1944, ganó el Premio Municipal de Literatura y fue elegido “El Libro del Mes” por un jurado de notables, entre los que figuraban Jorge Luis Borges, Pedro Henríquez Ureña, Victoria Ocampo, Enrique Amorfo, Baldomero Fernández Moreno y Martínez Estrada.



CONTRATAPA

➔ LUIS SOTO

pionero de la



Kafka

guía Michelin

Débil, hipocondríaco, neurótico, callado, solitario y además vegetariano, sin poder librarse de las esquilas de una angustiada vida familiar y a la vez deseando formar un hogar “perfecto” (lección que dedicaría a su padre), sabedor a ratos, y desconfiado en muchos otros, de su genialidad, una de las obsesiones de Franz Kafka lo llevó a imaginar un proyecto que podría titularse “el neumático salvador del señor K”.

Como tantos grandes creadores, el excepcional narrador no logró que desu obra surgieran los ingresos económicos que demandaba la vida cotidiana europea a comienzos del siglo XX. Un mandato fundamental del hombre de sueldo eternamente mediocre, cabe en una palabra: salvarse. Trámite que excede lo mágico y bordea lo milagroso, al que no se accede por vía laboral. El tipo tiene que descubrir una fórmula, un sistema, un modesto yeite. A eso apuntó Kafka. Su yeite se llamó *Billig*.

En 1934, Roberto Arlt dedicó cientos de horas a la fantasía de producir medias femeninas con puntera y talón reforzados con caucho, lúcido anticipo de lo que serían las de nylon. Temía depender de la magra pitanza que recibía por las “Aguafuertes Porteñas” o la edición de sus novelas. Arlt patentó el invento. Pero carecía de capacidad de producción y espíritu comercial, y naufragó. Otro excelente narrador, que no alcanzó la fama del autor de *Los siete locos*: Enrique Wernicke, se lanzó a armar un pequeño taller artesanal destinado a la fabricación de soldaditos de plomo. Concluida la Segunda Guerra su ejército se rindió. Más allá del Atlántico se dio la novela del eximio violinista Nicoló Paganini. Un período de desequilibrio financiero —ya sin el sosten de Elisa, hermana de Napoleón, y el papa León XII— lo desvió a su otra pasión: el juego, en particular el punto y banca. Una noche de 1836 iba ganando mucho dinero en el casino de Trouville

y quiso apostar todo en una mano. La banca, diezmada, no reunía el monto de la apuesta. Consultados los propietarios, aceptaron el desafío. Los delgados dedos de Nicoló dieron vuelta las cartas: tenía 9. A la banca le tocó 4 y Paganini, silenciando los borrosos ecos de su apellido, se hizo dueño del casino. Cultor de la ley pareja, meses más tarde perdió el botín tras encendido duelo con un conde genovés.

Acosado y ofendido por la prepotencia y el menosprecio de su padre Hermann, próspero comerciante, Kafka completó estudios de derecho y se doctoró en 1806. Pero nunca pensó ejercer la profesión. “Necesito un puesto bien remunerado, que nada tenga que ver con la literatura y facilite disponer de la tarde libre”, subrayaba. Y no cedía en su rotundo rechazo a hacer periodismo. En 1908 tuvo el anhelado empleo en el Instituto de Seguros contra Accidentes del Trabajo. Afectado por tuberculosis pasó por varios sanatorios. Por el peligroso grado de la enfermedad le otorgaron un retiro extraordinario antes de cumplir 30 años. Se sentía acosado por decisión divina. “A Dios lo creía más fino”, ironizó.

No abandonaba la desprolija búsqueda del amor, siempre en pos de Felice Bauer. Por fin se comprometieron en mayo de 1914 y hubo ruptura en julio. Tampoco cesaba la elaboración de proyect-

tos. Alguno sería afín a esa búsqueda. Otros la boicoteaban groseramente. La fundación de una comunidad libre—Franz dictó los estatutos—es cabal ejemplo. Debemos del adherente: no manejar dinero, desterrar lujos y comer una ración mínima de pan, agua y dátiles. Derecho: fijar un horario laboral máximo de 6 horas. Principios: donar al Estado las propiedades particulares, exclusión inicial de casados y mujeres, tope de 500 miembros, hombres (claro); etapa de prueba, 1 año”. Curiosa antología de fantasmas y contradicciones. “La mayor conquista a que aspira un hombre es casarse, fundar una familia perfecta y aceptar todos los hijos que sobrevengan”, decía, y también: “si me caso ya no volveré a estar solo y fue viviendo solo que hice mi obra y pude renunciar a algún empleo humillante”. Para remarcar: “me espanta imaginar un viaje de bodas”.

En 1911, en Lugano, se le ocurre “una idea que roza la locura”: editar un nuevo tipo de guía turística, cuenta su biógrafo y socio Max Brod. Debía llamarse *Billig* (barato en checo). “Vamos a convertirnos en millonarios y libranos de nuestras espantosas profesiones”, proclama Kafka. No se trata de un simple pasatiempo veraniego. Llegan a pegar afiches en el metro de París, pues el *Billig* inaugural iba a referirse a la capital de Francia. Bien orientados y con variadas alternativas, los turistas no tendrían dudas para elegir hotel, restaurante, museo, o transporte. No es todo. *Billig* indicaba qué hacer un día de lluvia en Viena, la ropa adecuada para ir a la Scala de Milán, cómo conseguir entradas gratuitas a un concierto en Londres, cuáles eran las salas ineludibles en el Louvre y aún el monto de una “propina exacta” (índice directo sermón a Sarmiento, que las ofrecía, y gene-

rosas, a damas con quienes compararía “orgías”, según su diario de viaje). En actitud osada, Franz inculca ficción a un manual de lenguaje: “en dos días no se puede aprender un idioma, preferimos enseñar una especie de esperanto, un falso francés o un falso inglés, inventados por nosotros, y agregar dialecto y lenguaje mímico de cada región”. Servicio indispensable para quien disponía de 100 dólares por día en Roma y para el que se quedaba una semana con 3.500 *in tasca*.

“Yo supero todo obstáculo, dice Balzac. A mí todo obstáculo me supera”, admite Franz. Pronto se extingue la llama de la *Billig*. Recién en 1926 aparecería la primera edición de la guía Michelin—publicada por la fábrica de neumáticos—, reducida a alojamiento y gastronomía. Rápidamente se erigiría en símbolo de excelencia en orientación turística y negocio de gigantes proporciones negocio. *Billig* daba para convertirse en millonario, pero en Kafka quizás representara un ejercicio ilegal (y demasiado realista) de metamorfosis. En cambio en 1923 logró una meta que se tomaba esquivada: se fue a vivir con Dora Dymant, respetada hebraísta, a quien conociera como estudiante de esa lengua semítica. “Tener una mujer que me comprenda íntegramente es como tener a Dios”, exagera Franz.

Las criaturas concebidas por Franz Kafka continúan dando señales de vida. A sólo 38 años de su muerte, el mundo—sin reconocer su relación con el célebre personaje—, asistió al advenimiento de un artista que marcó el regreso de Gregorio Samsa al género humano, después de sublimar su transformación en “monstruo insecto”. Se trata del magnífico pianista Michele Petrucci (1962-1999), ídolo de tantos grupos de músicos apasionados por el jazz moderno. Por una enfermedad ósea apenas tenía un metro escaso de estatura y para sentarse ante el piano era alzado en brazos o trepaba arrastrando un par de muletas.



Historico de Revistas Argentinas